

CAPITAL POLÍTICO Y DESIGUALDAD SOCIAL: UNA APROXIMACIÓN A PARTIR DEL COMPORTAMIENTO ELECTORAL TERRITORIALIZADO EN MADRID Y BARCELONA

Santiago Ruiz Chasco
Miguel Alhambra Delgado
Universidad Complutense de Madrid

Resumen.

En esta comunicación pretendemos defender una posición analítica frente a los análisis “encuestológicos”, o producidos mediante encuestas, los cuales contienen un presupuesto de equiprobabilidad de las opciones políticas para todos los votantes, al igual que una minusvaloración de la abstención. Asimismo, otro de los problemas comunes, este más mediático, aparece en las representaciones cartográficas de los resultados electorales, donde todo un barrio o, peor aún, un distrito, se convierte en azul o rojo dependiendo del “caballo ganador”. Por estos, y otros motivos, proponemos la necesidad de profundizar desde otro tipo de aproximación, que tenga en cuenta una sensibilidad más político-sociológica. Para ello, nos serviremos de las herramientas sociológicas de autores como Halbwachs o Bourdieu, que nos permitirán problematizar los análisis “al uso” dominante de las encuestas. Nuestros análisis parten desde los resultados de voto real producidos en las elecciones y desde el nivel territorial “barrio”, categoría administrativa y nivel estadístico, a través de los datos disponibles de los municipios de Madrid y Barcelona. Este trabajo, mucho más sugerente que concluyente, invita a seguir profundizando en la construcción de otro modelo para acercarnos de una forma más reflexiva y crítica a la realidad social, en este caso, el comportamiento electoral.

Palabras clave: elecciones, barrios, abstención, estructura de voto, Madrid, Barcelona, Bourdieu, Halbwachs.

1. Introducción.

Sintetizando nuestras pretensiones, podríamos decir que el presente artículo persigue dos objetivos: el primero, poner de relieve un tipo de aproximación al fenómeno político electoral a partir de la estructura de *voto abstención* al nivel de “barrios” en Madrid y Barcelona. Una estructura que posee variaciones importantes, tanto con el volumen global de capitales, como con la estructura de los mismos. Este estudio, al nivel de la categoría administrativa y estadística “barrio”, a diferencia de si optásemos por niveles superiores –distrito, ciudad, provincia, comunidad autónoma, o país-, nos permite tomar el caso de las dos ciudades como dos casos particulares “dentro de los posibles” (por más que puedan ser dominantes en las dinámicas del campo político, algo a investigar posteriormente), lo que ya en sí consideramos una virtud analítica, pues gran parte de las lógicas sociales que se vislumbran mediante esta estrategia quedan ocultas, si se asumen niveles administrativos y estadísticos superiores. Esta aproximación territorial la consideramos como una especie de paso previo, o de inicial *morfología social política*, la cual, sin duda, requerirá de una posterior integración

(siempre complementaria, pero posterior), tanto de las composiciones ocupacionales, como -en un paso siguiente- de las estructuras de movilización, los tipos de politización/despolitización y las diversas posiciones institucionalizadas (e institucionalizándose). Pasos posteriores que se conciben, imaginan o presuponen, pero que no se darán aquí, los cuales podrían configurar el “camino” para la construcción de una explicación de la actividad política en tanto que “campo político”, aunque solamente sea a través del vector electoral, a modo de “mimbre estructural”. Este “camino” se podría describir como un movimiento “necesario” o muy pertinente, para pasar de la representación “poblacional” a una representación social dinámica de “campo”, de fuerzas *específicas* del campo, gracias a dicha morfología socio-política, fuerzas *situadas* en cierta manera.

En segundo lugar, se busca subrayar algunas debilidades de los análisis “encuestológicos”, producidas no tanto por la técnica de encuesta en sí, sino sobre todo por las creencias de quienes suelen realizar las encuestas. Como por ejemplo: a) una filosofía de la acción individualista, la cual presupone como principio explicativo de la acción social un “sujeto” consciente y racional, donde la acción social no sería más que el agregado o la suma de todas esas acciones individuales (este supuesto sujeto corre el riesgo de no ser más que un ser abstracto e imaginario, desenraizado de toda realidad concreta, un ente asocializado y deshistorializado; al igual que el *homo economicus*, o el *homo religiosus* –parafraseando a Robert Hertz (1922)-, el *homo politicus* es probable que no exista, más allá de ciertas abstracciones). Para nosotros, la acción social no es nunca la suma de las acciones individuales, el todo –lo social- no es la suma de sus partes –individuos-, sino que es algo de naturaleza propia, *sui generis*, que conforma y explicaría las concreciones particulares, individuales y colectivas, siguiendo la tradición durkheimiana. Para ello, nos parece pertinente utilizar conceptos y proposiciones producidas tanto por Halbwachs (1912, 1972), como por Bourdieu (1988, 1999). Lo que se persigue es observar y explorar las condiciones sociales grupales, regularidades que afectan a supuestos grupos (aunque sean posibles “grupos sobre el papel”, a confirmar después), así como a posiciones estructurales de las dinámicas colectivas. Y, b) la segunda debilidad de quienes suelen hacer uso de las encuestas es aún más sutil y difícil de percibir en primera instancia: el hecho de tomar la encuesta sobre la realidad social por la misma realidad, la herramienta que sirve para medir, explorar y comparar por “lo real”, el instrumento para estudiar por el “objeto a estudiar”. Ello denota una reflexividad mínima sobre las diferencias entre las posibles lógicas que puedan contener el instrumento y las realidades sociales. No es que no haya reflexividad en sus análisis, eso sería absurdo de sostener (pues hay todo un conjunto amplio), sino que esta reflexividad nunca se encuentra enfocada hacia lo que es su instrumento de medida (fuente de sus sesgos), o la forma de utilizarlo, los presupuestos que éste puede contener debido a la tradición en la que se inscribe el analista, sus límites o limitaciones a la hora de confrontar con las lógicas más complejas del mundo social. Sobre esta exigencia de reflexividad hacia el instrumento estadístico y hacia los “artefactos o artificios” que puede producir en su no concordancia con las formas de las posibles lógicas sociales, nos parece muy actual y rescatable el trabajo de Halbwachs (que junto a Simiand, eran los “estadísticos” de la escuela durkheimiana).

2. Confrontación con la perspectiva “encuestológica” dominante.

En 2015 salió un nuevo libro de manos de un nutrido grupo de politólogos y sociólogos, *Aragón es Nuestro Ohio*, en relación con la supuesta importancia que lleva teniendo ese territorio de cara a representar los resultados electorales del resto del país, concretamente extrapolar medias de una zona geográfica más restringida a la media nacional, como ocurre con el Estado de Ohio en Estados Unidos. El libro trata de comprender “por qué votamos lo que votamos”(1), y aunque solamente les sirva de título y de avance en el prólogo, la idea de que los resultados en Aragón –como Ohio para EEUU- sean los que más se acercan al resultado final entre todos los territorios del país es en sí muy problemática, y encamina hacia una especie de filosofía de la acción (electoral) particular. El título, aunque solo sea en tanto desiderátum o pretensión, ya debería hacernos sospechar que la búsqueda de un intento de construir una explicación de los comportamientos electorales es probable que fracase, pues un intento de explicación sobre la simple base de la *coincidencia de porcentajes y medias* parece encaminado no alcanzar más que una pseudo-explicación, en el mejor de los casos. Dado que cualquier tentativa de explicación, más o menos sólida o consistente, se supone que ha de poder y tener recursos para explicar en igual medida tanto la mayor o menor coincidencia como la mayor o menor diferencia, esto es, dicho conjunto explicativo (hipotético) debería de ser igual de capaz, en teoría, de explicar la mayor coincidencia, el “Aragón-Ohio”, como la amplia disimetría, el supuesto “Anti-Aragón-Ohio”, en la *misma y exacta* forma (mala o buena) que los diferentes grados del *continuum* que van de uno al otro. Desde el momento que poseería y manejaría un conjunto de causas explicativas las cuales (en función de diversas combinaciones) intentarían explicar y comprender el abanico de situaciones reales, concretas y existentes. En definitiva, no se atisba a ver por qué motivo un intento de explicación tendría en la *coincidencia de porcentajes* algún privilegio respecto a cualquier otra posición, esta coincidencia valdría tanto (o tan poco) como las razones y causas que se posean para explicarla (las cuales serían aplicables a cualquier otra posición de un *continuum* analítico).

Independientemente de otros factores, aquí nos interesa subrayar que el análisis “encuestológico”, si es cierto que no ignora totalmente la abstención, sí que la minusvalora, tanto como comportamiento electoral y como factor coadyuvante e importante a tener en cuenta en la construcción de posibles explicaciones de los comportamientos electorales. Desde ese punto de vista, parece que la abstención ni puede explicar nada, ni casi prácticamente puede ser explicada, más allá de una amplia descripción. En términos muy generales, los politólogos suelen únicamente admitir una débil explicación posible de la abstención, el hecho de no ir a votar el día de las elecciones se supone que suele ser debido a un posicionamiento consciente y comprometido a modo de opción electoral (Alarcón, 2015), no cabe en sus planteamientos que haya algunos conjuntos de electores que no han votado nunca, ni votarán nunca, no por conciencia ni por compromiso, sino porque es un asunto sin importancia alguna para ellos (que esto pueda ser calificado como un cierto “etnocentrismo del analista” no nos llega a parecer del todo abusivo). Asimismo, es frecuente referirse a la abstención como una especie de síntoma de “salud democrática” (Gómez y Trujillo, 2011), siendo la metáfora de la enfermedad una buena estrategia para convertirse en portavoces de los “buenos sentimientos” generales, y no

plantear el análisis en términos de poder o desigualdades de y sobre lo político. Aunque lo más habitual es sacar del análisis estadístico a la abstención (fenómeno social desigualmente distribuido en función de la posición de clase dentro del espacio social), con ello no se está dejando fuera a una proporción precisamente pequeña de la población, ni a cualquiera. En las encuestas de opinión encontramos que lo análogo a la abstención en las elecciones serían las “no-respuesta o no-contesta” y dicha opción se encuentra ocultada, minusvalorada y ninguneada lo más posible –aunque no se haga de forma consciente. Desde la redacción del cuestionario hasta la misma interpretación de resultados, cuando no existe ningún tipo de obstáculo para que sean tratadas en el mismo grado que cualquier otra postura más, en tanto que un comportamiento social más, igual de significativo.

Respecto a la abstención se pueden señalar dos tipos diferentes de exclusiones o ninguneos, los cuales tenderán progresivamente a universalizar el resto de las posiciones. El primero, la “exclusión por el sistema”, se produce cuando el mismo sistema electoral, en el mismo día de la elección y del recuento, excluye toda la abstención de cualquier cómputo de acceso a posiciones de poder, se pasa del total de electores al porcentaje total de votantes para distribuir el número de puestos o escaños, de este modo se sobre-representa de forma considerable los porcentajes de voto de los partidos (quizás otra historia sería si el porcentaje de abstención conllevara puestos de poder y sillones vacíos). El segundo tipo, la “exclusión interpretativa”, es cuando de cara a los análisis de los comportamientos electorales (bien a partir de voto real, bien a partir de encuestas), en lugar de resituar la tasa de abstencionistas como un fenómeno social más (y analizarlo en función de las características sociales que posea), se obvia completamente, como si desde el momento que la abstención no es nada significativa para la adquisición de asientos de poder tampoco tuviese que serla de cara a la construcción de intentos explicativos de la realidad socio-política.

Finalmente, quisiéramos mencionar otra tendencia –esta vez- del mundo mediático, la que consiste en excluir ciertos elementos de la complejidad de los análisis electorales, como, por ejemplo, el uso que se hace de la representación cartográfica de los resultados a partir de diferentes niveles administrativo-estadísticos. Pues cada vez con mayor frecuencia podemos ver diferentes noticias en medios de comunicación que representan gráficamente los resultados con un mapa monocolor del “partido ganador”, ya sea al nivel “país”, o “Comunidad Autónoma”, “provincias”, “municipios”, “distritos”, o al nivel “barrios”, ocultando de este modo no solo la tasa de abstención, sino incluso la toda la estructura de voto a las diferentes opciones. Así, nos parece que siempre se corre el riesgo de comparar “churras con merinas”, esto es, se puede llegar a comparar una zona con una distribución de voto de, por ejemplo, 27%PP-20%C's-15%PSOE-15%Podemos y 23% de Abstención con otra que posea una estructura de voto de 18%PP-15%PSOE-9%Podemos-7%C's y 51% de Abstención; son situaciones hipotéticas, pero la imaginación aquí sirve para mostrar lo impropio del criterio de comparación utilizado, dado que ahí importa solo el “caballo ganador”. Este procedimiento de *universalización o absolutización* se traspasa luego a otros vectores explicativos, como con la idea de que existe realmente barrios o municipios “rojos, naranjas, o morados”. Por el contrario, nuestra aproximación, al priorizar la abstención como elemento estratégico de la búsqueda de explicaciones (factor de distancia

cultural y desigualdad socio-política) en igual medida que las estructuras de voto diferenciales desde el nivel “barrio” consigue, al menos, erradicar de un plumazo la pertinencia de todos estos falsos debates eternos, sobre todo mediáticos. Esto se verá mejor más adelante.

3. Abstención, estructura de voto y clases sociales “territorializadas”: una aproximación a partir de Madrid y Barcelona.

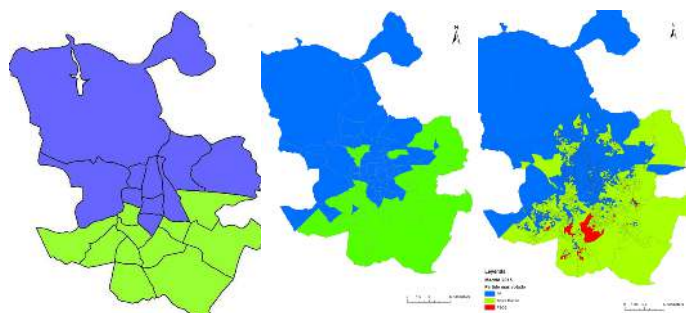
Como se ha señalado antes, nuestra aproximación a la relación entre esas tres estructuras (voto, abstención y social) la llevaremos a cabo *a través* de un ejercicio comparativo entre la ciudad de Barcelona y la de Madrid. Concretamente, se tratará de un análisis que ponga en relación las muy desiguales condiciones y posiciones socioespaciales con las diferentes estructuras de voto y abstención. Así, hemos construido tres tipos de barrios (alto, medio y bajo) en correspondencia a tres tipos de posiciones sociales. De esta manera, a través de la comparación de dos barrios altos (Castellana y Pedralbes), dos barrios medios (Embajadores y el Raval) y dos barrios bajos (San Diego y el Besòs i el Maresme), trataremos de poner en valor la dimensión social e histórica del capital político en el territorio, frente a quienes privilegian el espacio o el individuo como la principal fuente de explicación. Nuestra aproximación es otra *construcción* que, como todas, obvia o ignora determinadas dimensiones del fenómeno. Por ese motivo, animamos a los compañeros que prosigan por esta línea, con el fin de profundizar en las contradicciones que emergen por el camino, y completar las lagunas que vayamos dejando por el mismo.

La diferencia no es entre la ciencia que efectúa una construcción y la que no lo hace, sino entre la que lo hace sin saberlo y la que, sabiéndolo, se esfuerza por conocer y dominar lo más completamente posible sus actos, inevitables, de construcción y los efectos que, de manera igualmente, éstos producen. (Bourdieu, 2010b: 2)

3.1. Más allá del barrio y del individuo, hay una ciudad y unas clases.

Dos son los errores más comunes que hemos detectado en los diferentes análisis sobre los resultados electorales. Por un lado, un sesgo o “despiste” demasiado generalizado que tiende a ignorar el comportamiento electoral mayoritario en nuestro país: la abstención. Así, “casualmente” los resultados de las candidaturas se “hinchan” estadísticamente produciendo unos efectos ideológicos y políticos concretos. Por ejemplo, en Barcelona CiU no ganó las elecciones de 2011 con un 27,3%, sino con un 18,6%. Una inflación estadística que se convierte automáticamente, por usarla de forma irreflexiva y acrítica, en una inflación *real* de los resultados. Por otro lado, pero íntimamente relacionado con este tipo de error, cada vez son más los agentes mediáticos que usan la cartografía para representar los resultados electorales territorializados. Una práctica (una construcción) que conduce a homogeneizar todas las situaciones diferentes que se dan en un territorio en una sola: la que tenga una mayor frecuencia estadística. Así, coloreando un barrio de un solo color, o peor aún, un distrito entero, ya no sólo se está ocultado la abstención, sino que también se ocultan los resultados de las diferentes candidaturas que han quedado por detrás del “caballo ganador” en cada unidad territorial. Con el ejemplo de Madrid puede verse claramente como el diferencial Norte-Sur guarda una serie de “heterogeneidades” que se nos desvelan a medida que bajamos en el nivel espacial. Así, estos dos sesgos o “despistes” tienen unos poderosos efectos políticos y simbólicos, al estigmatizar u ocultar la abstención, y sobre-representar (legitimar) a los grandes partidos políticos. En la comparación de los barrios de Madrid y de Barcelona que vamos a desarrollar en las próximas páginas, se va a tratar de proponer otra vía de lectura o interpretación de esos resultados a partir de dimensiones sociológicamente relevantes, más allá del individuo, del “efecto barrio” y, por supuesto, del “votante medio”.

Mapa 1. Resultados de las elecciones municipales de 2015 en la ciudad de Madrid por distritos, barrios y secciones censales.



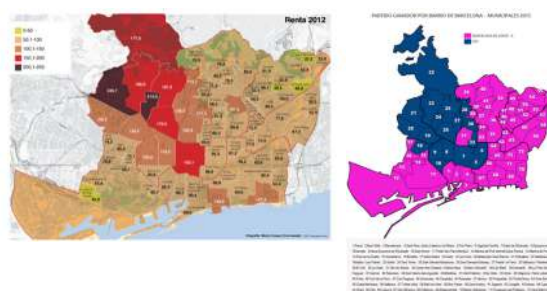
Fuente: Elaboración propia a partir de:
<http://www-2.munimadrid.es/CSE6/jsps/menuBancoDatos.jsp>.

Madrid y Barcelona son las dos grandes ciudades (*global cities*) del Estado español, tanto en términos demográficos como económicos y políticos. Estamos ante dos de las ciudades económicamente más ricas del país, pero también ante dos de las ciudades más desiguales del mismo. Es decir, ciudades en las que la riqueza producida se concentra en menos manos, dibujando los contornos de una dualidad urbana entre una *ciudad de ricos* y una *ciudad de pobres* (Secchi, 2015). No es casualidad que reducir esa brecha socioeconómica entre los barrios haya sido uno de los principales compromisos de candidaturas como Barcelona en Común o Ahora Madrid en campaña. A partir de la “crisis” en 2007, la desigualdad, la inseguridad y la dualidad social (Castel, 2003) no ha hecho más que aumentar, provocando que existan actualmente en España casi un 50% de hogares que tienen dificultades económicas, mientras que ha crecido el número de multimillonarios. En el caso particular de la ciudad de Madrid, la desigualdad económica que se territorializa entre un Noroeste burgués y un Sureste obrero, ha aumentado de forma muy significativa. La desigual distribución del capital cultural en la ciudad también presenta una evidente segregación espacial entre un Noroeste “más cualificado”, y un Sureste “menos cualificado”. Asimismo, la distribución espacial de los diferentes agregados ocupacionales dibuja, por un lado, el Madrid de los técnicos y profesionales, de los directores de empresas, caracterizados, entre otras cosas, por la estabilidad de sus empleos y su alta remuneración; por el otro, el Madrid obrero, donde predominan los trabajadores de la industria, la construcción, y sobre todo, de los servicios. Pero también son los barrios donde hay más empleados de la administración, notablemente movilizados en los últimos años en la defensa de los servicios públicos. Es en la periferia sur de la ciudad, donde se encuentran los vecinos con hipotecas pendientes, lo que ha llevado en los últimos años a una gran cantidad de ejecuciones de desahucios. Las desigualdades en diferentes dimensiones objetivan la existencia de *Dos Madrid* en términos materiales. Algo que se traduce, entre otras cosas, en una menor esperanza de vida entre unos barrios y otros, pudiéndose dar situaciones tan desiguales dentro de una misma ciudad como se dan entre diferentes países o continentes.

Madrid y Barcelona se diferencian, entre otras cosas, por un antagonismo histórico entre diferentes fracciones de las clases dominantes (burguesía catalana y terratenientes madrileños), pero también en el interior de las clases dominadas: la existente entre el socialismo (dominante en Madrid) y el anarquismo (dominante en Barcelona). Frente a la industriosa y cosmopolita ciudad condal, en el interior de la Meseta se concentraba la capital de la burocracia y los servicios, símbolo del centralismo administrativo y político. Una oposición entre dos grandes ciudades,

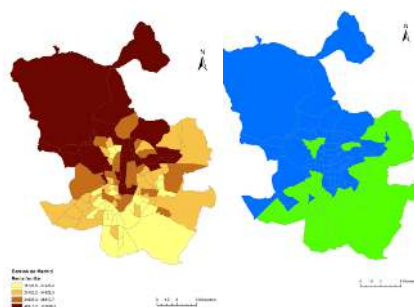
auténticos ejes vertebradores de la economía política del país, que podría seguir explorándose a través de muchas dimensiones. No obstante, frente a contradicciones que “dividen” a ambas ciudades, nuestro propósito en este apartado es sacar a la luz algunos elementos sociológicos que objetiven lo que tienen en común determinados grupos, a partir de su comportamiento electoral territorializado. Una de las diferencias más importantes entre Madrid y Barcelona es su tamaño. Mientras que en la ciudad de Madrid habitan unos 3 millones de personas, en Barcelona apenas llegan a 1,6 millones. Algo que redundará, entre otras cosas, en un espacio dividido administrativamente de forma diferente: si Madrid está compuesta de 128 barrios, Barcelona “tan sólo” está dividida en 73 barrios. Sin embargo, la división entre barrios ricos y barrios pobres en ambas ciudades opera a través de una lógica socio-espacial semejante que divide a la ciudad en dos grandes bloques socioeconómicos. Como se puede apreciar en los mapas 4 y 6, la segregación social urbana en ambas ciudades sigue un patrón parecido, aunque con sus respectivas limitaciones topográficas que imprimen diferentes configuraciones territoriales. Una segregación social que, usando la problemática herramienta de colorear los barrios, se corresponde con una segregación social del voto (mapas 5 y 7). Así, mientras que en Barcelona, ignorando la abstención y al resto de partidos, se puede decir que en los barrios con mayor renta gana Convergencia i Unión, y en los barrios con menor renta gana Barcelona en Común, en Madrid se puede hacer la misma operación con el PP (barrios ricos) y Ahora Madrid (barrios pobres). Con estos mapas, se podría sostener la correspondencia entre desigualdad económica y tendencia de voto, siempre y cuando incurramos en ese “despiste”.

Mapa 2. Renta Familiar Disponible y Partido más votado por barrios, en la ciudad de Barcelona. Elecciones Municipales 2015.



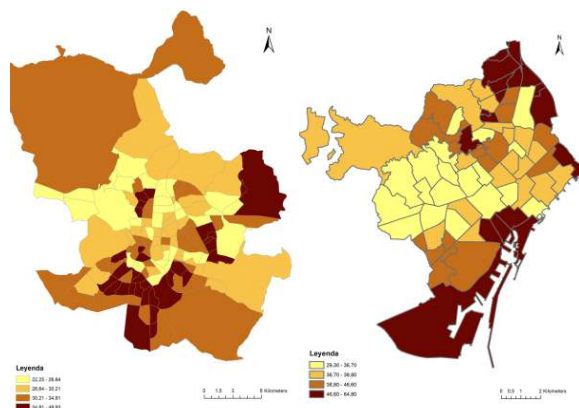
Fuente: <https://dinfografia.wordpress.com/> y La Vanguardia (26/05/2015).

Mapa 3. Renta Neta Media Anual y Partido más votado por barrios, en la ciudad de Madrid. Elecciones Municipales de 2015.



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de Urban Audit (INE) y <http://www-2.munimadrid.es/CSE6/jsps/menuBancoDatos.jsp>.

Mapa 4. Abstención por barrios en la ciudad de Madrid y Barcelona en las Elecciones Municipales de 2015.



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos disponibles en :
<http://www-2.munimadrid.es/CSE6/jsps/menuBancoDatos.jsp>
[http://estadistica.bcn.cat/?Id Idioma=1.](http://estadistica.bcn.cat/?Id Idioma=1)

Como nuestro propósito es avanzar en la crítica de esos sesgos o “despistes”, vamos a introducir el comportamiento electoral mayoritario en estas dos grandes ciudades. Así, si observamos la territorialización de la abstención en los barrios de Barcelona y Madrid (mapas 8 y 9), comprobaremos que, lejos de una distribución homogénea por el territorio urbano, existe una fuerte tendencia a estar concentrada en los barrios con menor capital económico y cultural. Por lo tanto, cuando se ignora u oculta la abstención, no se está ocultando a una porción precisamente pequeña del cuerpo social, ni tampoco se está ignorando a todos los ciudadanos de la misma forma. Cuando se procede a ocultar esos “no sabe/no contesta” de los resultados electorales en los análisis, también se está llevando a cabo una operación ideológica con un fuerte componente de clase, pues son las clases populares las más desafectas respecto al voto. Por lo tanto, si procedemos a dibujar los barrios con el color del “caballo ganador” parecería que, en primer lugar, en ningún barrio ha “ganado” la abstención (cuando realmente ha ganado en la mayoría de ellos) y, en segundo lugar, que si una persona vive en un barrio azul, ha votado azul, independientemente de si ha votado o no, y si ha votado a rojo o a morado. Mientras que a la primera de ellas podemos denominarla “falacia legitimista” o “exclusión por sistema”, a la segunda se le conoce como “falacia ecológica”.

Si la primera *produce* una nueva realidad post-electoral, donde un tercio del electorado es automáticamente eliminado o infravalorado en los análisis (como si de ciudadanos menos legítimos se tratara por no depositar un voto en una urna), la segunda *produce* otra realidad post-electoral, en la que se adjudica territorialmente el voto de todos los habitantes de un barrio a una candidatura por mayoría simple, es decir, a partir del 50%. Ambas falacias, como vemos, son *productos* estadísticos creados especialmente para “leer” los resultados electorales, y gozan en la actualidad de una gran difusión mediática. Bajo nuestro punto de vista, no se trataría tan sólo de introducir la abstención en los análisis, (aunque es un paso necesario, sin duda), sino de ponerla en relación con la propia estructura de voto y la estructura social urbana. Como se ha dicho, nuestra aproximación no considera que el comportamiento electoral mayoritario tenga una raíz individual, ni tampoco que se base en un análisis de costes-beneficios (Alarcón, 2015). Pero nuestra apuesta por el conocimiento de las lógicas sociales y espaciales bajo las que opera el capital político no se va a conformar con un análisis de los barrios que algunos autores denominan “excluidos” (Gómez y Trujillo, 2011), sino que aspiramos a conocer “todo el pastel”. Pues parecería, a tenor de algunos informes, que la abstención es “un problema”, “algo a erradicar”, una especie de

“desviación” de la norma que debe ser reincorporada (Alarcón, 2015: 21). Un “problema social” que se concentra en los “agujeros negros de la democracia” (Gómez y Trujillo, 2011: 5), en alusión a los barrios de clases populares y trabajadoras. Unos informes que, más que arrojar luz sobre el fenómeno, tienden a redoblar la estigmatización social y territorial de estas clases y barrios. Pasemos ahora a examinar nuestra propuesta de análisis de los seis barrios madrileños y barceloneses.

3.2. 6 barrios y 2 ciudades: 3 tipos de estructura de voto y abstención.

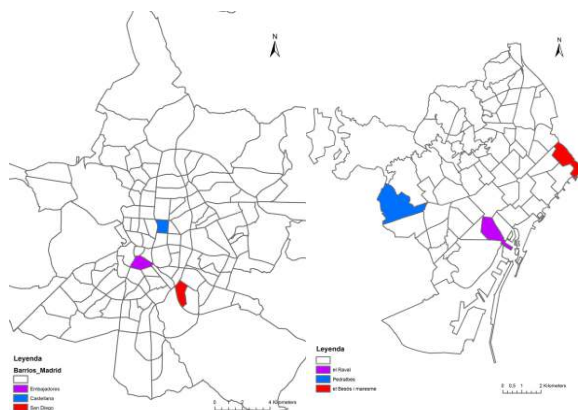
Nos interesa pues, no sólo la abstención, sino también la estructura de voto. No sólo los barrios pobres, sino también los barrios ricos. Y no sólo en una ciudad, sino en dos. Con esas premisas, empezamos a repasar los resultados de las pasadas elecciones municipales de 2015, y también la de 2011 (con el afán de comparar lo viejo y lo que se dice nuevo), en los barrios de Madrid y Barcelona. Un repaso que iba dirigido a seleccionar algunos de éstos para un análisis más pormenorizado de los resultados. Así, emprendimos nuestra propia construcción teórica de ciertos tipos ideales de barrios, a partir del estudio empírico de los resultados en algunos de ellos. Una construcción “por parejas” de barrios altos (Castellana y Pedralbes), medios (el Raval y Embajadores) y bajos (San Diego y el Besòs i maresme). Una construcción a partir del capital económico y el capital cultural en relación a la estructura de abstención y voto que, como todas, supone una reducción de la realidad social. Pero, al menos, trataremos de hacer explícitas nuestras limitaciones, invitando, al mismo tiempo, a nuestros colegas a seguir profundizando con otros indicadores. Pasemos pues, a aproximarnos a una de las formas en que el espacio social opera sobre el espacio urbano.

Una de las primeras aproximaciones que podemos hacer a la estructura de voto de los barrios es a través del tiempo. Así, si observamos las estructuras de voto (y abstención) de algunos de estos espacios a través del tiempo, comprobaremos la solidez que muestran éstas. Por poner un ejemplo, si vemos cómo ha evolucionado entre 1989-1996-2015 (2) semejante estructura de voto-abstención de la ciudad de Madrid y de los barrios de Lavapiés y Salamanca, por escoger dos polos sociales del centro urbano, se demuestra cómo persisten las principales características: mientras que en la ciudad de Madrid siempre ha sacado un mayor porcentaje de voto el PP (sobre la abstención y sobre el resto de candidaturas) sobre el 30-40%, el barrio de Salamanca se perfila como el “bastión conservador” donde este partido rara vez ha descendido del 50% de los votos, manteniendo una abstención siempre por debajo de la media de la ciudad. Por su parte, en el barrio de Lavapiés, que algunos tildarían de “excluido”, siempre ha superado el nivel medio de abstención de la ciudad, situándose actualmente como el “bastión progresista” de la capital, donde mejores resultados ha obtenido el partido Podemos o la candidatura Ahora Madrid. Algo que responde, precisamente, al proceso de gentrificación que lleva sufriendo más de una década (Sequera, 2013). La persistencia histórica de semejantes tendencias de voto y abstención nos señalan dos cosas fundamentales: primero, la importancia de los materiales históricos para comprender el presente; segundo, que la irrupción de “lo nuevo” aún no ha conseguido transformar las sólidas estructuras de “lo viejo”.

A pesar de las diferencias, tanto cualitativas como cuantitativas, existentes entre las ciudades de Madrid y Barcelona, lo cierto es que se pueden aprehender ciertas continuidades o tendencias entre ambas ciudades. Un hecho que se hace patente a través de la territorialización de las clases sociales en *barrios*. De esta manera, más allá de un idealizado individuo racional e independiente, se trata de aproximarnos a los comportamientos electorales como hechos sociales, es decir, aprehensibles a través de lo social. Se trata de conocer otras lógicas menos visibilizadas por los análisis hegemónicos en materia electoral a través de nuestra apuesta concreta por el análisis

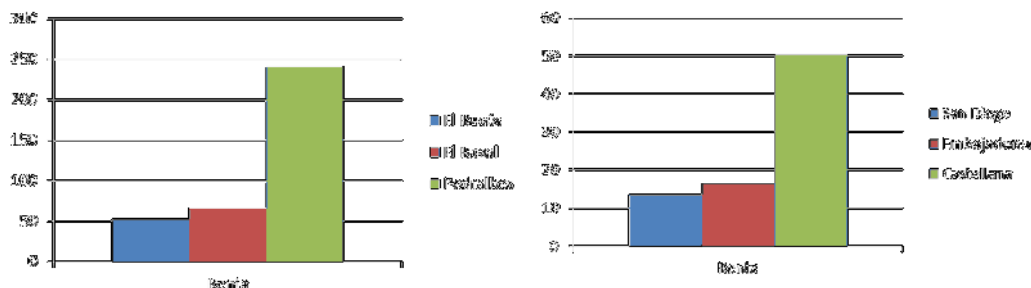
comparativo de los seis barrios. Empecemos conociendo, en primer lugar, la posición que ocupan éstos en la más amplia estructura social urbana. Algo que podemos hacer a través una aproximación al capital económico (a través de la renta) y al capital cultural (a través del nivel de estudios).

Mapa 5. Ciudad de Madrid y Barcelona con los barrios seleccionados para el análisis: azul (barrios altos), morado (barrios medios), y rojo (barrios bajos).



Fuente: Elaboración propia.

Gráfico 1. Renta Familiar Disponible en los barrios barceloneses seleccionados. Renta Neta Media Anual de los hogares madrileños en los barrios seleccionados.

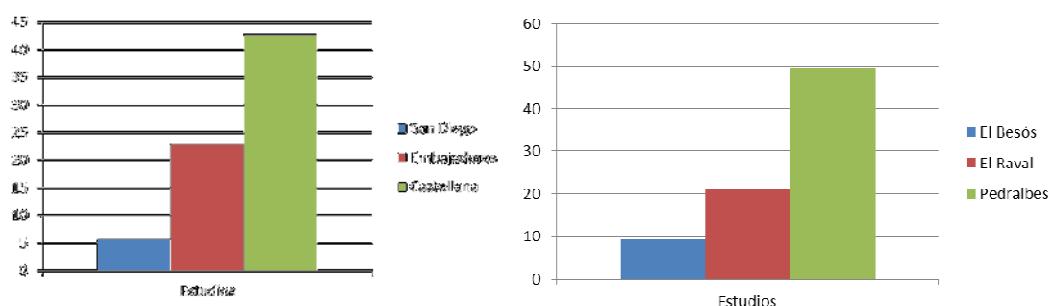


Fuente: Elaboración propia a partir de los datos disponibles en:
<http://www-2.munimadrid.es/CSE6/jsps/menuBancoDatos.jsp>
http://estadistica.bcn.cat/?ld_idioma=1.

Como podemos apreciar en los mapas 10 y 11, nuestros barrios seleccionados están ubicados en ciertas zonas de la ciudad de una determinada manera. Concretamente, siguiendo un patrón Norte (alto), centro (medio), Sur (bajo) en Madrid, y Oeste (alto), centro (medio), Este (bajo) en Barcelona. Un patrón geográfico que no es casual, sino producto social de una determinada trayectoria histórica. Así, la mera posición geográfica nos dice bastante de la posición social de estos espacios urbanos. Pero si avanzamos, y territorializamos el capital económico, veremos inmediatamente (gráficos 7 y 8) un hecho incuestionable: la desigualdad salarial se fractura “por arriba”, o lo que es lo mismo, se hace empírica y materialmente complicado seguir sosteniendo la idea de que vivimos en sociedades de clases medias o de dos tercios. Así, el nivel de renta de barrios como Pedralbes o Castellana es casi cinco veces mayor que el que se registran en barrios como el Raval, San Diego, Embajadores o el Besòs. Con esa “fractura”, generalizada al resto del cuerpo social, se hace complicado sostener la idea de la existencia de una especie de *underclass*. Quizás esta sea una primera llamada de atención a los estudiosos de exclusión social, pues la desconexión

no se produce tanto por debajo de la estructura social como por arriba, esos espacios urbanos que ni siquiera se consideran en sus análisis, pues allí no es donde se concentran los “problemas urbanos”. Así, tenemos dos barrios muy ricos como Pedralbes y Castellana, y luego cuatro barrios más, dos de ellos (Embajadores y el Raval) con un ligeramente mayor nivel de renta sobre los otros dos (San Diego y el Besòs). Hemos de advertir pues, que nuestra construcción de “barrios medios” no se corresponde con la existencia de unas clases medias, empíricamente hablando. No obstante, no estamos ante realidades estáticas, pues la reciente evolución de la RFD en los tres barrios barceloneses nos muestran algunas tendencias interesantes respecto al capital económico: mientras que ha aumentado de 62,6 a 75,8 en el Raval y de 194,7 a 250,5 en Pedralbes, no ocurre lo mismo en el Besòs, donde ha disminuido de 61,1 a 75,8. Es decir, mientras que Pedralbes se “escapa” por arriba, el Raval se aleja tímidamente de una posición equivalente a El Besòs, el barrio relegado de la ciudad condal. Para completar esta lectura del poder económico concentrado en los barrios es necesario introducir el capital cultural, especialmente importante para comprender los barrios gentrificados como Embajadores o el Raval.

Gráfico 2. Porcentaje de personas con estudios superiores en los barrios seleccionados.



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos disponibles en:

<http://www-2.munimadrid.es/CSE6/jsps/menuBancoDatos.jsp>

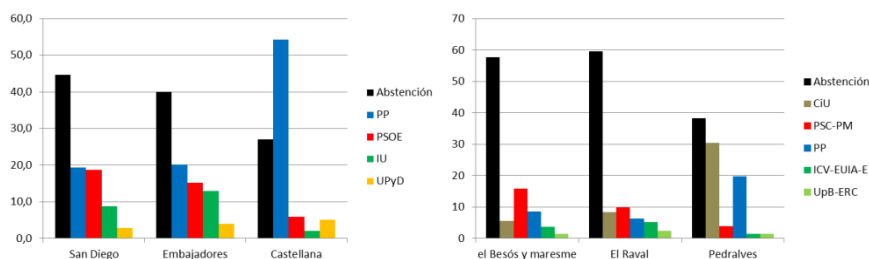
http://estadistica.bcn.cat/?ld_idioma=1.

Como puede observarse en el gráfico 9 y 10, nuestras parejas barriales comparten similares niveles de estudio entre sí. Así, mientras que en San Diego y El Besòs no se llega ni al 10% de personas con estudios superiores, en el Raval y Embajadores más del 20% de sus habitantes cuenta con éstos. Unos porcentajes que, eso sí, se quedan lejos del 40% o hasta 50% que se registra en Castellana o Pedralbes. Es a partir del capital cultural que nuestros “barrios medios” en proceso de gentrificación tienen su razón de ser, distanciándose en esta dimensión de los barrios populares de San Diego y el Besòs, con los que comparten un semejante capital económico. Pero, de la misma manera que aquel, tampoco estamos ante realidades estáticas. De esa forma, la reciente evolución del porcentaje de personas con estudios universitarios en algunos barrios madrileños puede ayudarnos a comprender la dinámica actual en esa dimensión. Así, mientras que en el barrio de San Diego se ha pasado tímidamente de un 7 a un 8% de personas universitarias, en los barrios de Embajadores y de Castellana se ha pasado en el mismo periodo de un 24 a un 30% y de un 43 a un 50%, respectivamente. De esta manera, se puede comprobar cómo en los barrios en proceso de gentrificación del Raval y Embajadores, a pesar de compartir niveles de renta de “barrios pobres”, el capital cultural acumulado está aumentando al mismo nivel que los “barrios ricos”, definiendo esta posición intermedia cargada de contradicciones, y que sólo el paso del tiempo terminará por definirla de una u otra parte en una ciudad neoliberal cada vez más dual (Wacquant, 2012). Por un lado, los barrios relegados, tanto económica como culturalmente, de San Diego y el Besòs,

donde se han ido concentrando las clases populares y trabajadoras, más o menos precarizadas a partir del género, la edad o la etnia (Rodríguez, 2007). Por el otro, los barrios “vencedores” de la globalización, como Castellana y Pedralbes, con una creciente concentración de capitales económicos, culturales, pero también sociales y políticos. La expresión espacial de la ruptura de la estructura social “por arriba”. De esta manera, diferentes estructuras sociales en los barrios, como veremos, nos reenvían a diferentes estructuras de voto y abstención que, como hemos comprobado, tienen una considerable consistencia histórica, fruto de las particulares trayectorias sociales. Conozcamos cómo esas desiguales estructuras de poder en los barrios condicionan las estructuras de voto y abstención.

En primer lugar, empezamos con “lo viejo”, aproximándonos a los resultados de las elecciones municipales de 2011. Antes de nada, hay que subrayar una diferencia fundamental entre Madrid y Barcelona, quizás herencia histórica del peso que tuvo el anarquismo en la ciudad condal, a diferencia del socialismo en la capital, y es su comparativamente mayor abstención en todos los comicios celebrados. Así, mientras que en estas elecciones de 2011, un nada desdeñable 33% de los madrileños no votó, en la ciudad condal ese porcentaje alcanzó el 47% de la población. Desde luego, la abstención en estos comicios también podría haber estado influenciada por el contexto sociopolítico de indignación social. Sea como fuere, mientras que uno de cada tres madrileños no votó, uno de cada dos barceloneses tampoco. Partiendo de esta desigual participación en una y otra ciudad, veamos qué ocurría en nuestros seis barrios de estudio. En la capital del reino, tanto en nuestro barrio bajo (San Diego) como en el barrio medio (Embajadores), la abstención fue la absoluta “ganadora” de las elecciones, pues entre el 40 y el 44% de sus vecinos no votó. En cuanto a los que sí lo hicieron, lo cierto es que la estructura de voto resultante en uno y otro barrio se asemejan bastante, siendo la candidatura más votada la del PP, que en San Diego gana por muy poco, pero en Embajadores lo hace con algo más de holgura. Podría decirse que, mientras en el barrio vallecano se tiende a votar más al PSOE, en el barrio lavapiesino se tiende a votar más a IU. Por su parte, el barrio de la Castellana, más homogéneo social y culturalmente, presenta una mayor participación electoral, consolidándose en plena crisis política del país como el “feudo del PP”. Y es que hay pocos barrios en la capital en los que el partido conservador obtenga uno de cada dos votos.

Gráfico 3. Resultados de las elecciones municipales de 2011 en los barrios seleccionados.

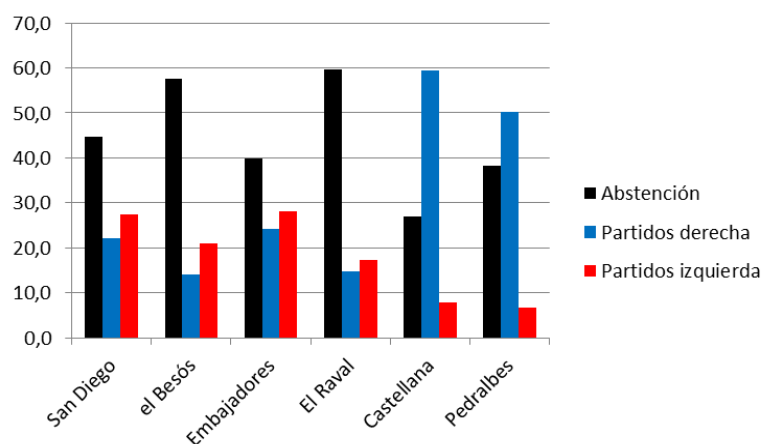


Fuente: Elaboración propia a partir de los datos disponibles en: <http://www-2.munimadrid.es/CSE6/jsps/menuBancoDatos.jsp>
http://estadistica.bcn.cat/?ld_idioma=1.

Si viajamos a Barcelona, veremos una estructura semejante entre los barrios sociológicamente homólogos. Así, mientras que la abstención bate récords en el Besòs y el Raval, con porcentajes que rozan el 60%, en el barrio bien de Pedralbes apenas llega a un 40%. No obstante, si comparamos la abstención de Pedralbes con la de los barrios madrileños, estaría más cercana a la de Embajadores que a la de

Castellana. Es una de las especificidades catalanas. Pero lo que a nosotros nos importa es subrayar las homologías de posiciones sociales y espaciales en ambas ciudades, algo que queda demostrado al observar los gráficos. Así, el Besòs mantiene una correspondencia con San Diego, al ser un barrio obrero con una mayor tradición de voto socialista. Por su parte, el Raval comparte con Embajadores una mayor dispersión del voto, así como una mayor apuesta por fuerzas situadas a la izquierda del PSOE. En fin, Pedralbes también comparte con Castellana ser un feudo de la derecha catalana, tanto la nacionalista (CiU) como la “nacional” (PP), por llamarla de alguna manera. Pero el voto en Pedralbes no está tan concentrado en un solo partido, como en Castellana, repartiéndose esa mayor participación electoral respecto a los barrios obreros en los partidos de derechas españolistas y catalanistas, con un mayor peso de éstos últimos. De esta manera, si recategorizamos los resultados a partir del eje izquierda-derecha (ese eje tan “viejo”), podremos ver las similitudes y las diferencias que existen entre nuestras parejas de barrios. Mientras que en los barrios bajos existe una mayor tendencia a la abstención y los partidos de “izquierda” obtienen mejores resultados respecto a los de “derecha”, en los barrios medios, con una mayor y más conflictiva mezcla social, también suele ganar la izquierda, aunque no a tanta diferencia como en los barrios bajos. Por su parte, los barrios altos comparten una menor tradición abstencionista, y una mayor concentración estratégica del voto en determinadas candidaturas de derecha, siendo prácticamente testimonial el voto a partidos de izquierda.

Gráfico 4. Resultados de las elecciones municipales de 2011 en los barrios seleccionados a partir de la categorización en “partidos de izquierda” y “partidos de derecha”.



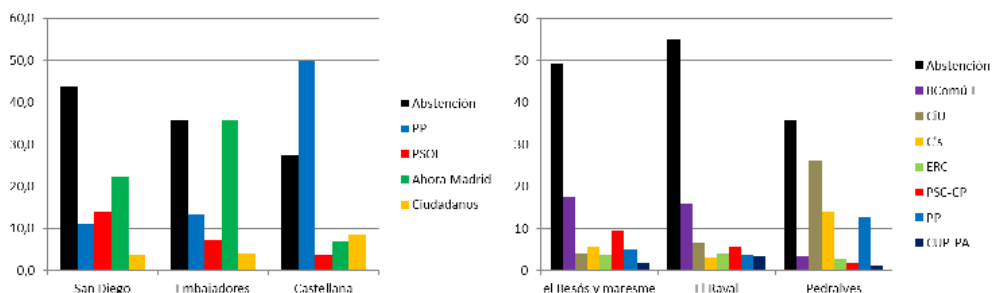
Fuente: Elaboración propia a partir de los datos disponibles en:
<http://www-2.munimadrid.es/CSE6/jsps/menuBancoDatos.jsp>
http://estadistica.bcn.cat/?id_idioma=1.

¿Ha habido algún cambio sustancial en las elecciones municipales de 2015? El primero y más importante es la irrupción de nuevas candidaturas (Ahora Madrid y Barcelona en Común) y de viejos “desconocidos” (Ciudadanos). Se podría decir que el ciclo político abierto por el 15M en 2011 tiene una “parada electoral” a través de estas candidaturas “del cambio”, más convergentes y heterogéneas que la estructura-partido que se presenta a las generales. En ese sentido, se esperaría una mayor participación electoral de muchos de aquellas personas desafectas con el bipartidismo que, desde 1978, reinaba el sistema electoral español. Unas personas que habitan en ciertos barrios, en mayor medida. Así, se esperaría que, en los barrios bajos y medios, el voto a estas candidaturas fuera considerablemente alto, empujando hacia una mayor nivelación en cuestión de participación con los barrios altos. No obstante, esa

reincorporación al voto (Alarcón, 2015) no se produjo de la forma en que se esperaba, ni por parte de los analistas, ni tampoco por parte de las propias nuevas candidaturas. El cambio no fue, ni mucho menos, de carácter estructural. Así, en los barrios de Barcelona se repitió una mayor abstención en relación a los madrileños. No obstante, en esta ciudad será donde más disminuya. En la capital del reino, el nivel de abstención bajó sólo del 33 al 31%, mientras que en la ciudad condal disminuyó del 47 al 39%.

Pese a este cambio en la participación electoral, no puede sostenerse que las estructuras de voto y abstención hayan cambiado de la misma manera. Así, como podemos observar en el gráfico 15, en el barrio bajo (el Besòs) y el barrio medio (el Raval) se ronda el 50% de abstención, es decir, uno de cada dos vecinos siguió sin votar. No obstante, es mayor el cambio en el Besòs (pasando de un 57 a un 49%) que en el Raval (pasando de un 59 a un 54%). Por su parte, en Pedralbes también se registró una mayor participación, disminuyendo la abstención de un 38 a un 36%. Desde luego, se participó en mayor medida que en 2011 en los barrios bajos y medios, pero muy lejos de los niveles de los barrios altos. En cuanto a la estructura del voto, las nuevas candidaturas progresistas serán el principal filón de esa mayor participación en esos barrios medios y bajos, aunque en ninguno de éstos llegaran al 20% de los votos. Como puntos reseñables cabe señalar el mantenimiento del voto socialista en el barrio bajo, y una mayor dispersión de este en el barrio medio, donde candidaturas como CiU obtienen mejor resultado que el PSOE. Por su parte, en el barrio alto la extrema concentración del voto en los partidos de derechas se ve algo más dispersa con la entrada de Ciudadanos, que supera en votos al PP.

Gráfico 5. Resultados de las elecciones municipales de 2015 en los barrios seleccionados.

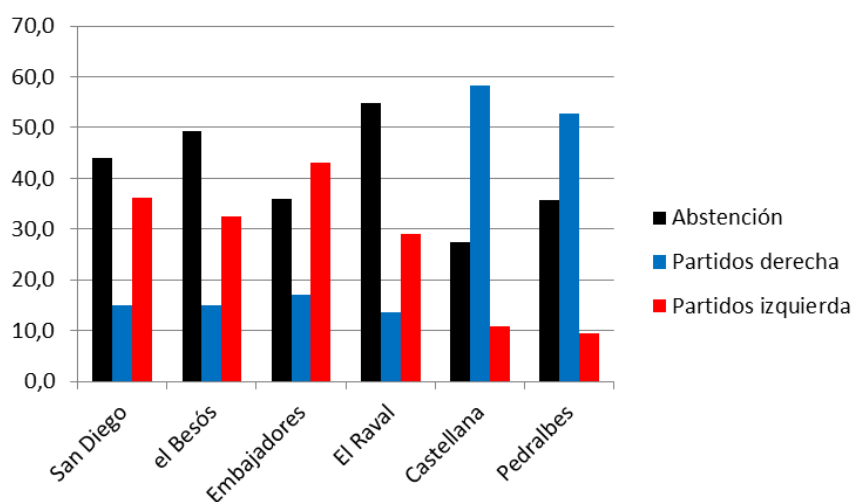


Fuente: elaboración propia a partir de los datos disponibles en <http://www-2.munimadrid.es/CSE6/jsps/menuBancoDatos.jsp> y http://estadistica.bcn.cat/?ld_idioma=1.

Si nos fijamos en lo acontecido en la capital del reino (gráfico 14), veremos algunas diferencias fruto del diferente contexto sociopolítico y de la formación de las candidaturas. Así, en los comicios de 2015, aunque no puede sostenerse un cambio sustancial en el nivel de participación general de los madrileños, sí puede decirse que en algunos lugares el capital social acumulado jugó un papel fundamental en los resultados. Es el ejemplo del barrio de Embajadores, donde más aumentó la participación electoral (pasando la abstención de un 40 a un 36%). Si observamos la abstención en nuestro barrio bajo y alto, veremos que mientras en San Diego apenas disminuye un 1%, en el barrio de Castellana incluso aumenta un 0,3%. De esta manera, puede decirse que el comportamiento electoral en los barrios bajos, medios y altos de Madrid y Barcelona no fue semejante. Pero esto no es óbice para argumentar, con los datos en la mano, que la estructura de voto y abstención se sigue manteniendo en sus líneas fundamentales, “a pesar del cambio”. Así, en el barrio bajo de San Diego

la irrupción de Ahora Madrid coloca a dicha candidatura con más de un 20% de los votos emitidos en segunda posición, sólo tras la abstención. No obstante, el voto socialista en estos barrios sigue teniendo un peso muy importante (14%), a pesar de que en estos comicios el PSOE sacó sus peores resultados históricos. Algo que condiciona que Ahora Madrid no saque tan buenos resultados como en el barrio medio (Embajadores), donde saca sus mejores porcentajes (36%). Sin embargo, también es cierto que en este barrio el PP obtiene mejores resultados que en el barrio vallecano, fruto, quizás, de esa mezcla social que define los centros urbanos de las grandes ciudades. Por su parte, en el barrio alto (Castellana) la presencia de Ahora Madrid es puramente testimonial (7%), manteniéndose una enorme concentración del voto en el PP (49,8%) que incluso perjudica a la “novedad” en la derecha política madrileña (Ciudadanos), que queda en una posición semejante a las candidaturas progresistas.

Gráfico 6. Resultados de las elecciones municipales de 2015 en los barrios seleccionados a partir de la categorización en “partidos de izquierda” y “partidos de derecha”.



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos disponibles en:

<http://www-2.munimadrid.es/CSE6/jsps/menuBancoDatos.jsp> y http://estadistica.bcn.cat/?ld_idioma=1.

Si llevamos a cabo el mismo ejercicio de categorización en partidos de izquierda y derecha para estos comicios, veremos cómo la fuerza de las estructuras de voto y abstención, es decir, la fuerza de la historia en el presente es mucho mayor que la que imprimen las “novedades” electorales de carácter coyuntural. Ha de señalarse, eso sí, que los partidos de izquierda han ganado bastante peso en los barrios bajos y medios, llegando incluso a superar a la propia abstención en el barrio “más movilizado” de todos: Embajadores. Así, mientras que en 2011 apenas llegaban los partidos progresistas a un 20-25% de los votos, en 2015 la mayoría supera el 30% de los mismos. Pero esto no es suficiente como para hablar de un “cambio”. Y es que, a pesar de ese aumento estadístico (que está por ver que sea coyuntural o permanente a partir de las próximas elecciones municipales de 2019) las estructuras de voto y de abstención siguen manteniéndose, sin que haya existido un “vuelco” de los resultados electorales, o algo parecido a una “ruptura” respecto a los comicios anteriores. En ese sentido, los barrios bajos (San Diego y el Besòs) siguen siendo “los campeones” de la abstención, por ser también los más olvidados en las políticas económicas, sociales y urbanísticas, unos barrios en los que el voto socialista, asociado a toda una trayectoria vital de unas generaciones migrantes hoy envejecidas, sigue teniendo mucho peso.

Los barrios medios, caracterizados por una mayor mezcla social, pero especialmente por una mayor juventud y capital cultural, parecen ser los espacios urbanos donde determinadas fracciones de las clases trabajadoras están teniendo un mayor protagonismo en relación con las nuevas candidaturas “del cambio”. No es una casualidad socioespacial que el partido Podemos (creado en 2014 por grupo vinculados con la universidad pública y ciertos actores políticos) se presentara en el barrio de Embajadores. Un barrio que, como el Raval, sufre ya un largo y conflictivo proceso de gentrificación (Sequera, 2013; Fernández, 2014) en la que la lucha colectiva e individual por la apropiación del espacio es inseparable de semejantes procesos políticos. No obstante, hay que señalar que en Embajadores se ha hecho más patente ese proceso que en el Raval. En fin, por arriba de la estructura social y urbana, los barrios altos (Pedralbes y Castellana) son los más impermeables al cambio, además de los más homogéneos en términos sociales. Unos barrios donde apenas ha habido cambios en la estructura de voto y abstención, y en los que las clases más acomodadas de la ciudad siguen concentrando de forma estratégica el voto en determinadas candidaturas de derechas y/o nacionalistas “viejas”. Todo parece indicar que, más allá del individuo y de una racionalidad economicista, los comportamientos electorales siguen determinados patrones sociales y espaciales. Todo parecería indicar que, más allá del estudio de “lo pobre y lo marginal” hay sociedad y hay ciudad, mostrando la importancia de referenciar los comportamientos electorales con las posiciones socioespaciales. Es decir, de vincular la muy desigual estructura social de nuestras sociedades, con la muy diferente estructura de voto y abstención que puede ser territorializada a través de nuestras ciudades.

4. Conclusiones: Más allá de la exclusión social...hay relaciones de poder.

¿Cómo es posible que vecinos de espacios físicos tan lejanos, como el Besòs y Vallecas, el Raval y Lavapiés, Pedralbes y el barrio de Salamanca, tengan muchas más características en común que “los españoles”, “los ciudadanos”, “el electorado”, “los madrileños” o “los catalanes”? ¿Por qué tiene más en común un vecino de un barrio de la periferia barcelonesa con otro de la periferia madrileña que con un vecino del ensanche de la misma ciudad? Más allá del país, más allá de la ciudad, pero también más allá del barrio y/o las variables “independientes”, todo parece indicar que existen otro tipo de agrupaciones sociológicamente más pertinentes. Como no hay mejor forma de conocer el presente que acudir a la historia, es necesario usar herramientas y materiales históricos que objetiven “la consistencia” de dichos agrupamientos. En esa dirección, se hace necesario abandonar análisis electorales que parten de un individuo esencialmente atómico y especulativamente racional, así como de análisis que parten de concepciones erráticas como “exclusión social”, que tienden a llevar a cabo reflexiones miopes sobre barrios estigmatizados (contribuyendo a reproducir semejante capital simbólico territorializado) obviando el resto del cuerpo social y urbano, sin el cual no puede darse cuenta de la complejidad de los comportamientos electorales. Además, este tipo de análisis produce un efecto legitimista que tiende a problematizar el no-voto y la pobreza de los que no votan, des-problematizando tanto el voto, como la riqueza. Quizás deberíamos empezar a preguntarnos no sólo por qué la gente no vota, sino también ¿por qué la gente vota? Especialmente en un sistema político y económico en el que la impunidad de los delincuentes de cuello blanco es consustancial al mismo. No seremos los únicos preocupados en conocer esa respuesta, especialmente desde las últimas elecciones generales. De momento, nos quedaremos con las potencialidades y limitaciones de nuestro trabajo iniciático en la materia.

La aproximación que hemos llevado a cabo nos permite aprehender algunas lógicas que operan en la relación entre el espacio social, el espacio físico y el capital político. Seguir profundizando en las “contradicciones” a través de la desigual distribución de

los capitales económicos y culturales, y una más trabajada y completa recategorización de los barrios se presenta como una vía fecunda de análisis. De momento, aproximarnos a la abstención como un indicio de la desigualdad social que se traduce en un diferencial capital político, y comprobar la utilidad del capital cultural para comprender mejor las diferencias “económicas” entre estructuras de voto, es suficiente. Más allá del individuo hay una sociedad, relaciones de poder e interdependencia, hay clases sociales que nos invitan a usarlas como categorías pertinentes de análisis (Crompton, 1997). Pero las clases sociales no han de ser analizadas como una especie de sustancia que existe *per se* en la realidad, sino en términos *relacionales* e *históricos*. En este sentido, siguiendo a uno de nuestros referentes teóricos, proponemos entender la clase objetiva como el “conjunto de agentes que se encuentran situados en unas condiciones de existencia homogéneas que imponen unos condicionamientos homogéneos y producen unos sistemas de disposiciones homogéneas, apropiadas para engendrar unas prácticas semejantes, y que poseen un conjunto de propiedades comunes” (Bourdieu, 1988: 100).

Las clases sociales se construyen a partir de su *condición*, esto es, del conjunto de condiciones materiales de existencia, muy relacionado con la ocupación en sociedades en las que el trabajo sigue siendo el fundamento de la ciudadanía, y su *posición*, es decir, a partir del lugar que ocupa cada clase en relación a las demás clases y fracciones de clase, en diferentes espacios sociales. Esto quiere decir que las clases sociales se construyen a partir de las relaciones de tipo objetivo con las demás clases, pero también, y esto es fundamental, a través de una serie de construcciones simbólicas que funcionan *dentro* de cada clase y *entre* cada una de ellas. Esto implica la necesidad de no reducirlas a categorías profesionales, ni tampoco interpretarlas a través de una sola dimensión, como pueda ser la propiedad de los medios de producción. Entender la clase social como un conjunto de individuos, cuya condición y posición llevan aparejadas una tendencia mayor a compartir semejantes esquemas mentales y disposiciones corporales, precisa de un análisis concreto de las condiciones de posibilidad de éstas. A través de la estadística (como instrumento, no como fin) podremos conocer las regularidades que dan forma a esas clases. Introduciendo la dimensión simbólica en el análisis material, podremos comprobar si hablamos de una clase realmente movilizadora, o de simples constructos teóricos o tecnocráticos poco apegados a la realidad. A través de diferentes manifestaciones podremos aprehender el sentido que dan estas clases a sus prácticas objetivas. Y una de estas prácticas es el voto, o la abstención.

Para romper con las ideas recibidas y el discurso corriente no basta, como a veces quiere creerse, con “ir a ver” qué es lo que pasa (...) la ilusión empirista nunca se impone tanto como en casos como este (...) todo hace pensar que lo esencial de lo que se vive y se ve sobre el terreno (...) tiene su origen en un lugar completamente distinto (Bourdieu, 2010a: 119).

Hay varios puntos sobre los que hemos tratado de, en todo caso, abrir una *problematización* concreta de los “análisis al uso” dominantes en los medios de comunicación por parte de algunos “encuestólogos”. El primero es, sencillamente, la debilidad de las explicaciones que hacen de la coincidencia de medias aritméticas su principio de explicación de *lo social*, es decir, una extensión de la crítica del “hombre medio” que Halbwachs hace a Quetelet (Halbwachs, 1912). El segundo apunta a sendos errores comunes, producto de ciertas inercias metodológicas como son, por un lado, la infravaloración, o directamente, el desecho de la abstención como comportamiento electoral legítimo, y por otro lado, la *falacia ecológica* a la que lleva colorear unidades territoriales, en una problemática vía que hace del medio el fin. Por último, pero no menos importante, la tendencia a construir “artificios estadísticos” que “reflejan” la realidad social sin cuestionar en ningún momento las decisiones que

implican la construcción de éstos. Lo social es *algo más* que la suma de las individualidades, por lo que seguir tratando de aprehender tendencias subyacentes a través del individuo-encuesta se vuelve problemático, cuanto menos. Los hechos sociales son interdependientemente económicos, culturales, políticos, etc., por lo que apostar por los *hechos sociales totales* (Mauss, 1969), y una aproximación crítica con las técnicas de fraccionamiento irreflexivo de la realidad social (Halbwachs, 1912; Bourdieu y Wacquant, 2005) se nos antoja fundamental. Es por ese motivo que, más allá del individuo y la encuesta, es necesario completar los análisis con otras metodologías que no pierdan, como han hecho otras, el recurso a la historia para comprender el presente, que nos den cuenta de la existencia de un espacio social que representa “un estado del sistema de propiedades que hacen de la clase un principio de explicación y de clasificación universal, que define el rango ocupado en todos los campos posibles” (Bourdieu, 2012:130).

Una de las formas de estudiar a las clases sociales es a través del espacio que ocupan en la ciudad, muchas veces dando lugar a barrios reconocidos, de una forma u otra, con una determinada clase o fracción de clase. Como ya apuntó uno de los primeros estudiosos en analizar las ciudades, “no hay apenas un paisaje urbano sobre el cual una u otra clase social no haya dejado su impronta” (Halbwachs, 2008: 312). En todo espacio urbano confluyen una serie de grupos del espacio social que tratan de apropiarse de los recursos, servicios o bienes (de carácter material y/o simbólico) presentes en éste. Cada territorio, en este sentido, es un soporte material de una serie de intereses concretos vinculados a campos específicos, como pueden ser el consumo o la vivienda. En este sentido, en un mismo espacio físico urbano confluyen un conjunto de campos sociales diferentes, una constatación que nos obliga a levantar la mirada del espacio físico concreto para poder comprender y explicar los procesos que tienen cabida en él. De esta forma, “en la medida en que los agentes que residen en un barrio pertenecen a diferentes grupos que están basados en afinidades electivas, cada una de las estrategias que emprenden en relación con el barrio se funda en relaciones objetivas en el espacio social” (Sorando, 2014: 16). Son esas relaciones objetivas las que nos ayudan a comprender ciertas regularidades en las prácticas sociales de los agentes de un barrio concreto, como pueden ser sus consumos culturales, los usos diferenciales del espacio público, o el comportamiento electoral. De esta forma se va dibujando un mapa urbano en el que podemos identificar relacionamente diferentes espacios físicos que nos reenvían a diferentes espacios sociales.

El espacio social se retraduce de alguna manera en el espacio físico y cobra la forma de la relación entre la estructura de la distribución espacial de los agentes y la estructura espacial de los bienes y servicios (públicos y privados), mediados por los poderes de apropiación que brinda el volumen y la estructura de los capitales de esos agentes (Gutiérrez, 2013: 149).

Quizá uno de los conceptos más de moda, desde hace unas décadas, que se ha venido desarrollando para tratar de reinterpretar la relación entre clases y espacio urbano, incluido el comportamiento electoral (Gómez y Trujillo, 2011), sea el de “exclusión social”. Un concepto que emerge con fuerza en los noventa para tratar de dar sentido a lo que se entiende que son “nuevas realidades” y formas de desigualdad social en las ciudades. Una “problema social” que emerge cuando la marejada neoliberal empieza a consolidarse en Europa. Precisamente cuando se desarrolla un desplazamiento de la figura del “trabajador” a la figura del “excluido”, del mundo del trabajo hacia el barrio, como espacio social significativo a partir del cual “anclar” las protecciones sociales. Un re-centramiento sobre el vecindario, nuevo espacio sobre el que desarrollar las políticas públicas y elaborar las formas de acción colectiva, que supone volver a re-territorializar la *cuestión social*, es decir, la objetiva y estructurada

desigualdad que existe en sociedades que proclaman la igualdad de sus ciudadanos y que, desde 1830, supone uno de los grandes ejes históricos (sino el principal) sobre los que han girado nuestras sociedades occidentales (Castel, 1997). Si la des-territorialización de las protecciones sociales fue uno de los avances democráticos más notables de un Estado social que brindó cierta seguridad en las condiciones de vida de los trabajadores, la re-territorialización de las mismas supone una peligrosa “vuelta al barrio” para, precisamente, los grupos más anclados al territorio. Un repliegue social de ciertas clases, que ha venido leyéndose a través de las lentes de la “exclusión social”.

¿Será también casualidad que este tipo de paradigmas sobre la cuestión social aparezcan en un contexto de profundización de la inseguridad social y civil? Precisamente, cuando “emerge” la exclusión social para dar cuenta de “espacios desconectados de la vida social, económica y política de su sociedad” (Gómez y Trujillo, 2011: 5). Así, se descubre esa “tentación de hacer del enclave de un territorio la proyección espacial (o la metáfora) de la exclusión, creyendo que se trata a esta última al abordar aquél” (Castel, 1997: 432). El paradigma de la exclusión social trata de ofrecer una visión de la realidad donde unos individuos están *dentro* y otros están *fuera*, unos votan y otros no. No obstante, no se conoce todavía individuo que esté fuera del sistema: la exclusión no es una desconexión o una ausencia total de relaciones sociales, sino que debe entenderse mejor el proceso que lleva a grupos enteros de individuos a estar en posiciones de desafiliación social respecto a un centro “que tal vez no ha sido nunca tan omnipresente para el conjunto de la sociedad” (Castel, 1997: 447). Abrazar el dogma de la igualdad de oportunidades, y concebir acriticamente al Estado como un agente que mejora las condiciones de “los ciudadanos”, supone olvidar el papel del Leviatán en la *producción* de inseguridad social, estigmatización territorial y/o relegación política. Por este, y otros motivos, consideramos fundamental apostar por estrategias de investigación que analicen “lo social por lo social”, recurriendo a materiales históricos para comprender el presente, y que pongan el acento en la relación sociológicamente pertinente entre el espacio social, el espacio físico y el capital político para comprender mejor, entre otras cosas, los comportamientos *sociales* electorales. Por ese, y otros motivos, consideramos oportuno abandonar la retórica de la desconexión social, como si la cuestión social no fuera un problema político, o como si todo problema político pudiera canalizarse electoralmente. Quizá, la cuestión social no estribe tanto en incorporar excluidos, como en igualar condiciones. No tanto en reincorporar votantes al sistema, como en problematizar los análisis mediáticos y académicos “al uso” sobre el comportamiento electoral que: a) ignoran y estigmatizan comportamientos “menos legítimos”, a pesar de ser la “elección individual” más respaldada socialmente de todas, y b) una vez eliminados esos comportamientos, hacen de la media (estadística) la realidad (sociológica). Por ese motivo, quizás lo que hay que problematizar no es tanto la periferia, como el centro (social y académico).

(1) Este libro nos parece representativo de la perspectiva de estudio que hemos denominado “encuestológica”. Allí el fenómeno del voto se aborda exclusivamente con la técnica de encuesta por cuestionario, lo que no sería mayor problema si no se planteara de forma tan tajante, asertiva y contundente esta técnica de estudio y exploración de la realidad social, es como si no existiese enfoque alternativo digno de ser utilizado o al menos de ser mencionado, y quizás sea esta ceguera ante su propio instrumento (que casi toman por la realidad), “ceguera por el éxito”, lo que produce la mayoría de los sesgos o debilidades que intentaremos poner de manifiesto aquí gracias a otro abordaje alternativo.

(2) Hacemos referencia a las elecciones al Congreso de los Diputados de 1989, 1996 y 2015.

Bibliografía.

ALARCÓN, R. (2015). "Crisis y descontento: el aumento de la abstención crítica en el sur de Europa, 2002-2012" en Encrucijadas, Revista Crítica de Ciencias Sociales 10: 1-24.

BOURDIEU, P. (1988). La distinción. Criterios y bases sociales del gusto. Madrid, Taurus.

BOURDIEU, P. (1999). "La opinión pública no existe", 220-231 en Cuestiones de Sociología. Madrid, Istmo.

BOURDIEU, P. (2010a). "Efectos de lugar" en BOURDIEU, P (ed.) La miseria del mundo. Madrid, Akal: 119-125.

BOURDIEU, P. (2010b). "Comprender", BOURDIEU, P. (ed.) en La miseria del mundo. Madrid, Akal: 527-543.

BOURDIEU, P. (2012). La distinción. Criterios y bases sociales del gusto. Madrid, Taurus.

BOURDIEU P. y WACQUANT L. (2005). Una invitación a la sociología reflexiva. Buenos Aires, Siglo XXI.

CASTEL, R. (1997). La metamorfosis de la cuestión social: crónica del salariado. Madrid, Paidós.

CASTEL, R. (2003). L'insecurité sociale: Qu'est-ce qu'être protégé?, Paris, Editions du Seuil.

FERNÁNDEZ, M. (2014). Matar al Chino. Entre la renovación urbanística y el asedio urbano en el barrio del Raval de Barcelona. Barcelona, Virus editorial.

GAXIE, D. (2012). "Droite ou gauche? Usages et no-usages d'instruments courants d'orientation politique" en LE BOHEC Y LE DIGOL Gauche/Droite. Genèse d'un clivage politique. París, PUF: 449-474.

GÓMEZ, B. y TRUJILLO, M. (2011). Los excluidos también pueden votar: abstención y exclusión social en España. Documento de trabajo 169/2011. Madrid, Fundación Alternativas.

GUTIÉRREZ, A. (2013). "Espacio social y estrategias de reproducción", 127-155, en MORENO, A. y RAMÍREZ, E. (cord.) Pierre Bourdieu, Proyección siglo XXI. Bogotá, ILAE.

HALBWACHS, M. (1912). La théorie de l'homme moyen, essai sur Quetelet et la statistique morale. París, Felix Alcan.

HALBWACHS, M. (1972). Classes sociales et morphologie. París, Minuit.

HALBWACHS, M. (2008). "La memoria colectiva y el espacio" en MARTÍNEZ, E. (ed.) Maurice Halbwachs. Estudios de morfología social de la ciudad. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas: 299-337.

HERTZ, R. (1922). *Le péché et l'expiation dans les sociétés primitives*. París, Ernest Leroux.

PASSERON, J-C., PORTO, F., y DE SINGLY, F. (1982). "Los silencios: contribución a la interpretación de los no-respuestas en las encuestas de opinión", *REIS*. Vol. 17/82, 83-136.

PIEDRAS DE PAPEL. (2015). *Aragón es nuestro Ohio. Así votan los españoles*. Barcelona, Malpaso Ediciones.

MAUSS, M. (1969). *Essais de sociologie*. París, editions Le Minuit.

RODRÍGUEZ, E. (2007). "La ciudad global o la nueva centralidad de Madrid" en OBSERVATORIO METROPOLITANO *Madrid, ¿la suma de todos? Globalización, territorio, desigualdad*, editado por Observatorio Metropolitano. Madrid, Traficantes de Sueños: 41-93.

SECCHI, B. (2015). *La ciudad de los ricos y la ciudad de los pobres*. Madrid, Catarata.

SEQUERA, J. (2013). *Las Políticas de Gentrificación en la ciudad neoliberal. Nuevas clases medias, Producción cultural y Gestión del Espacio Público. El caso de Lavapiés en el centro histórico de Madrid*. Tesis Doctoral. Departamento de Sociología V. Universidad Complutense de Madrid.

SIMIAD, F. (1922). *Stadistique et expérience. Remarques de méthode*. París, Marcel Rivière.

SORANDO, D. (2014). *Espacios en conflicto: Un análisis relacional del cambio social en los centros estigmatizados*. Tesis doctoral. Departamento de Sociología II. Universidad Complutense de Madrid.

WACQUANT, L. (2012). "La estigmatización territorial en la edad de la marginalidad avanzada" en GONZÁLEZ, I. *Teoría social, marginalidad urbana y Estado penal: aproximaciones al trabajo de Loïc Wacquant*, Madrid, Dykinson: 119-135.